

VIAJE EN EL TIEMPO CON DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Estamos todos en clase de arte, para mí es un rollo, nunca pasa algo interesante en ella. Además la pintura es difícil, pero lo que no se es que hoy va a pasar algo interesante. ¿Queréis acompañarme a una aventura que no olvidareis jamás? ¿Queréis visualizar bonitos paisajes y asar un rato acompañados Del mismísimo don Quijote de la Mancha? ¡Pues no se hable más!

Miro mi papel en blanco mientras sujeto mi pincel y la paleta donde tengo las pinturas. Decido antes usar el lápiz y así lo hago. La verdad me ha salido un churro pero no hay vuelta atrás ya lo he pintado. Como he terminado me levanto para enseñárselo a la profesora. Pero un golpe me para en seco, miro delante de mí y lo que veo un vuelve un poco rara. Delante tenía al mismo don Quijote de la Mancha.

Mis amigos también estaban incrédulos observando con dos platos situados en la cara y una gran cueva llena de piedras brillante, al caballero.

–Hoy he venido a este lugar para pedir a alguien especial que me acompañe a una aventura que no olvidará jamás – dijo el caballero. – ¿Algún voluntario para estar conmigo? Seguro que don Quijote esperaba voces y gritos, muchas manos alzadas y un millón de preguntas.

– ¿Nadie? –prosiguió extrañado, ni siquiera la profesora había hablado. –Entonces lo elegiré yo. Hizo una pausa para mirarnos y finalmente... – ¡Tú! Tu chica, si tú la que está de pie, creo que serás la mejor.

Quizá se hubiese creído que por estar de pie era una voluntaria sin embargo estaba muy feliz ya no estaría en clase de arte y a lo mejor mejoraría mi dibujo.

–Me gustaría ir a un establo, a una granja o a una verde pradera –solicité yo.

–En esos sitios no hay ninguna aventura interesante –replicó el caballero. ¿Qué tal un viaje en el tiempo?

– ¡Claro! ¿Por qué no vamos a tu casa cuando aún no eras caballero? –propuse emocionada. También quiero saber dónde naciste y cuál es tu mamá o papá.

–Vale pues. Sígueme.

Le seguí y me sorprendí de ver la máquina del tiempo. Medía tres metros, era de metal y tenía cuatro asientos y una palanca con la inscripción “ir” y otra con la inscripción “volver”. Tenía forma circular.

Me senté cerré los ojos y a la velocidad de la luz observé donde estaba. El lugar era horrendo: las paredes eran grises, había habitaciones con pequeñas ventanas y una puerta negra cerrada con llave en cada una. Una gran puerta abierta de par en par revelaba la cocina y el comedor.

Comprendí que era una cárcel.

– ¿Aquí naciste tú? –le pregunte a mi compañero de viaje. Él asintió. – ¿Quién es tu mamá? ¿O tu papá?

– Está mi padre en esa habitación, no tengo madre nací de su mente, de una pluma y un pergamino –me dijo.

Me asomé por una venta y lo vi. Era un hombre esbelto de cara dulce, ojos negros y fríos, en su mano sujetaba una pluma y tenía un pergamino en la mesa. La pluma estaba apoyada en su negra y espesa barba pensando.

–Es Miguel de Cervantes –susurré yo.

– ¿Cómo has dicho que se llama? –Miguel de Cervantes –le contesté yo.

Cuando nos marchamos lo agradecí. Pasaron veinte años en el tiempo y aterrizamos en una verde pradera con miles de árboles fértiles, altos y estrechos de mil colores que alegraban el lugar. Me sentí como si no hubiese visto la cárcel. Corrí por un sendero libre de árboles, pase al lado de rio de agua cristalina que corría con mucha velocidad a la vez que se reía, pero...

–... ¡Cuidado! No te debe ver – me dijo mi amigo.

– ¿Por qué? – le pregunté.

–Porque si te ve conmigo pensaré que somos impostores y pasará algo terrible. Iremos por la arboleda.

El camino era más largo pero como era por nuestro bien, avancé en silencio sabiendo que cualquier ruido podría perjudicarnos. Caminé con cuidado.

Entramos en una casa que era una antigualla, el otro Quijote había salido. La casa era polvorienta y desordenada, en un rincón había una vieja armadura, en el centro una mesa con un buen montón de manuales de caballería ilustrados. En la cocina había una estrecha puerta que llevaba al establo. Me asomé y vi un caballo de mala raza, delgado, feo y blanco, era Rocinante. Se oyó el chirrido de una puerta abriéndose, había vuelto el otro caballero. Mi amigo me dijo que me escondiera y así lo hicimos. Me explicó que cerca había una salida que llevaba a la arboleda. Señaló una losa de la pared, la abrimos y llegamos a la arboleda, llegamos a la máquina del tiempo y escapamos.

Regresamos a mi época y me puse a redactar un trabajo y una historia sobre mi viaje. Cuando volví a clase les conté toda la aventura, expuse mi trabajo y con ayuda de don Quijote les enseñé como luchaban los caballeros. Tenía una espada que mi amigo me había regalado y me había enseñado como luchar. No lucho mal se me da bastante bien.

Esta historia terminó.